

El que separa la fe de la razon, se expone á perder la una y la otra. La fe no es enteramente ciega. Sus misterios tienen una parte interior y otra exterior; la razon conoce esta última, y se persuade de que en aquélla no se descubre contradiccion alguna. De este modo la fe es, como nos manda Dios, *razonable*.

II.

Los titulados defensores de la razon humana, que son sus verdaderos enemigos, pueden ver en la historia; 1.º: Que la razon nunca ha brillado tanto, como cuando la fe la ha iluminado; 2.º: Que la fe nunca ha sido tan bien aceptada, como cuando la razon se ha puesto á su servicio.

I. Cotéjense las obras de los filósofos gentiles con las de los filósofos cristianos, y brillará con toda evidencia la verdad de la primera parte.

II. Cuando la razon humana se dedica á la defensa de la fe, los misterios más altos de la religion, como si salieran de la obscuridad, se hacen en algun modo inteligibles.

CONCUPISCENCIAS.

(LAS TRES)

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis.

Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

(Gal. v, 24.)

La Sagrada Escritura nos enseña, que Dios crió al hombre en un estado de rectitud perfecta. En el orden natural todo era perfecto; la inteligencia estaba inundada de luz, el corazon gozaba de paz, los sentidos vivian en orden, sometidos al alma; al paso que el alma recibia de lo alto la efusion de la gracia divina, la cual se derramaba por el cuerpo, é imprimia así á todo el hombre cierto sello de divinidad. La rectitud del hombre, desde el principio, consistia, pues, en la perfecta concordancia de todas las partes que componen su cuerpo, y en la admirable armonía del orden de la naturaleza con el de la gracia. Pero ese orden, esa armonía no subsistieron por mucho tiempo: sobrevino el pecado; y como el pecado es un mal, y el mal un desorden, y como el desorden es un elemento de destruccion, la ruina del hombre se hizo inevitable; la naturaleza quedó profundamente trastornada al golpe que la gracia recibia, y por el que quedaba destruida. Desde el dia en que el hombre, constituyéndose soberano, llevó la mano al fruto prohibido, perdió la gracia de su corazon; y sacudido de su alma el imperio de Dios, su cuerpo dejó de estar sometido al imperio del alma. De aquí esta revolucion intestina, esta lucha que sostenemos en nuestro corazon, y que prosigue su curso desde há seis mil años. De aquí el nacimiento de estos dos principios en nosotros, el uno del bien, que aún subsiste entre las ruinas de la conciencia; y el otro del mal, que causó

estas ruinas, y se prevalece de ellas con una audacia siempre insultante. El apóstol S. Juan, el apóstol muy amado, el que entre los hijos de los hombres y en compañía del divino Salvador representaba mejor al hombre regenerado, nos ha hablado de esta ley que rige en nosotros desde la caída de Adán, y que hace la guerra á Dios. S. Juan nos ha trazado el cuadro de los desórdenes que militan sin cesar contra el orden establecido por Dios, contra la doble ley de la naturaleza y de la gracia; y dirigiéndose á todos, á los padres como á los hijos, á los viejos como á los jóvenes, les dijo: «No queráis amar al mundo ni las cosas mundanas; pues todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y orgullo de la vida; lo cual no nace del Padre, sino del mundo. El mundo pasa, y pasa también con él su concupiscencia. Más el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente. I. JOAN. II, 15 ET SEQ.» Estas tres concupiscencias, amados hermanos míos, alientan aún en nosotros, viven en el mundo, tienen un reino y una gloria; gloria y reino que voy á examinar, á fin de que, conociéndolos perfectamente, podamos combatir con eficacia en nosotros y en el mundo las tres concupiscencias. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Empecemos por el orgullo de la vida: *superbia vitæ*. El orgullo consiste en una desordenada independencia de Dios. Tener este orgullo soberbio de que habla el Apóstol, es, preescindiendo del principio común á que todos debemos adherirnos, hacerse uno mismo su principio y su ley. Este orgullo nos fué inspirado desde el día en que nuestros primeros padres, despreciando el mandamiento que Dios les había dado, infringieron el precepto y comieron el fruto prohibido; orgullo que se ha inoculado en nosotros, que se ha introducido en nuestra naturaleza, ha penetrado hasta el fondo de nuestras entrañas, y viciádonos hasta la médula de los huesos; orgullo que nos ha infectado, que mancha toda nuestra vida; y por eso lo llama S. Juan *superbia vitæ*, orgullo de la vida. Este orgullo, pues, ha dicho dos palabras y ejecutado dos obras: palabras y obras de destruccion. Primero; ha dicho: El hombre es igual á Dios, y el hombre depende del hombre. En seguida, queriendo poner en práctica su doctrina, ha creado, por una parte, la idolatría, y por otra, la esclavitud. Admirado de su propia grandeza, de la majestad que aún le restaba despues de su ruina, como se viese inteligente, racional, con libre albedrío, y apto para crear á su sabor cosas magnificas en el orden intelectual, en el orden artístico, en el orden industrial,

el hombre ha dicho: yo soy grande! yo soy rey! Y luego ha añadido locamente: yo soy Dios! y entónces se ha adorado. En castigo de este orgullo, despues de haberse adorado, ha también adorado á los animales y á las plantas; y se ha visto un día en la historia, día multiplicado por miles de días, se han visto siglos, en que todo ha sido Dios, excepto Dios mismo. El hombre que por orgullo había adorado lo que no es Dios, y constituido así el reinado de la idolatría, por una consecuencia extraña, ha establecido también la esclavitud: pues es imposible que nos amemos á nosotros mismos, que nos atribuyamos una superioridad exclusiva, sin que de rechazo no lleguemos á despreciar al prójimo, si tiene ménos inteligencia, ménos actividad, ménos poder que nosotros. Así, pues, como el poder, las riquezas, los medios exteriores de crear una dominacion no pertenecen á todos, sino á los ménos, ha sucedido, amados oyentes, que, durante largos siglos, el linaje humano se ha dividido en dos castas, en dos categorías: la una, poco numerosa, la de los tiranos; y la otra de esclavos, inmensa por el número, cuyos desdichados individuos no eran hombres siquiera, pues se les trataba como cosas, y eso impunemente. Las palabras *humanidad y caridad* no existían; fueron creadas por el Cristianismo. Ved ahí, hermanos míos, hasta donde el orgullo de la vida, *superbia vitæ*, había arrastrado al hombre despues de la caída original.

Y en nuestros días, á los diez y ocho siglos de Cristianismo, ¿creeis, amados hermanos míos, que ya no hay idolatría, ni esclavitud? ¡Ah! dó quier que hay pecado, hay idolatría y esclavitud. El que se rebela contra Dios, tan solo se rebela porque hay un ídolo en alguna parte, en su corazón, en su casa, fuera de ella; un ídolo de plata, de oro ó de carne, poco importa. No se rechaza la verdad, la santidad, la vida, sin un motivo derivado de una divinidad que se acata, en quien se cree, á quien se prestan homenajes. Y hay también esclavitud, pues es imposible amarse á sí mismo con exclusion de Dios, sin hacer la guerra á lo que nos ofusca. El orgullo quiere dominar con exclusion de todo lo demás; quiere ser solo, pretende absorber; y si se le dejase obrar, absorbería al mundo entero. Entónces no habría ya remedio para el género humano; ya no habría moral; ya no habría leyes; ya no habría nada. Así es, que el orgullo es un espíritu de destruccion, porque es un espíritu que niega á Dios, la verdad, la justicia, el amor.

La segunda concupiscencia, amados hermanos míos, recibió de S. Juan el nombre de concupiscencia de los ojos: *superbia oculorum*; la cual consiste en una curiosidad vana, y en un amor desordenado al

fausto, á los adornos y riquezas; ella se refiere principalmente á la vista, órgano el más activo, más sutil y más perfecto del conocimiento externo. El hombre se complace en conocer y experimentar; pero cuando este deseo de conocer y experimentar traspasa los límites, hay orgullo, hay locura, hay lo que S. Juan llama concupiscencia de los ojos. Esta dió origen á las ciencias vanas, á las ciencias que nosotros llamamos ocultas, porque se ocultan como todo lo que obra mal; ciencias que tratan de destronar la verdad revelada, que pugnan con Jesucristo, con lo que el mundo entero ha creído; y que por medio de misteriosas iniciaciones acaban por inspirar cierto respeto á los ánimos crédulos. Estas ciencias vanas y curiosas, que se complacen en experimentos locos y ridículos, terminan en los sentidos y producen la corrupcion.

La concupiscencia de los ojos consiste tambien, como llevo dicho, en el amor al lujo y á las riquezas. El hombre se paga de las apariencias; y como desde la caída original hemos perdido nuestro verdadero ornamento, la gracia santificante, la virtud divina, que nos cubria cual manto precioso, nos desvivimos por bagatelas, por el oro, la seda, la púrpura; y si nuestra fortuna no nos permite tan ricos ornamentos, nos agradan, á lo ménos, adornos trabajados con arte; pues nos gusta que nos vean y admiren. Esta vanidad exterior, como la curiosidad de que há poco hablábamos, ha pronunciado en la sociedad palabras de destruccion, á saber: conviene consumir mucho para que el obrero, el pobre, el trabajador produzca mucho y pueda enriquecerse. Esta, amados hermanos míos, es una teoría social inhumana, al par que anticristiana: inhumana, porque si es menester trabajar mucho para producir mucho, sucede que el mayor número ya no es dueño de sí mismo; se ve obligado á funcionar perpetuamente como una máquina para regalo y en provecho de algunos consumidores ociosos; anticristiana, porque consumir mucho es acrecentar, agrandar, dilatar demasiado el dominio de los sentidos en detrimento del alma, y, por consiguiente, aumentar la vehemencia de las pasiones, que en su mayor parte alienta en los sentidos, y se opone al dominio de Dios.

La tercera concupiscencia, de que habla S. Juan, recibió de este apóstol la denominacion de concupiscencia de la carne, *concupiscentia carnis*; la cual consiste en el amor desatentado á las satisfacciones sensuales, que vive en nosotros, y aún ¡ay! la llevamos desde el seno de nuestra madre como un vicio original; circula en nuestras venas, penetra en nuestra alma por los ojos, por el oído, por el gusto, por el tacto, por todos los sentidos; llega al corazón, al mismo

cerebro, conmueve y vicia este órgano del pensamiento, lo debilita, lo altera, y, á veces, lo toca de locura. ¡Ah! ¿quién está enteramente limpio de esta concupiscencia? ¿A quién no ha atacado una vez, á lo ménos, este poder sordo y misterioso? ¿No ha sido la causa de la ruina de las grandes ciudades en todas épocas? ¿No atrajo la cólera de Dios sobre Ninive, sobre Sodoma y Gomorra, sobre Tiro, Babilonia y Roma; y no es de temer que todas las grandes ciudades modernas estén hoy amenazadas de la diestra del Señor, por su amor á la voluptuosidad, que penetra en todos los corazones, mancha todos los cuerpos y altera todos los órganos? ¡Ah! este es, amados hermanos míos, este es el formidable enemigo del linaje humano; y si nosotros extirpáramos el amor á la voluptuosidad, el amor á los goces sensuales, abriríamos al Evangelio ancho y seguro campo para su predicacion..... Tales son las tres concupiscencias.

Más me olvidaba de decir, que la concupiscencia de la carne degrada la dignidad humana. Este vicio nos aja y marchita cada vez con mayor fuerza. Los que llevan los estigmas de la voluptuosidad ¿no ofrecen cierto aspecto de caducidad, ciertos rasgos cadavéricos que espantan? No, ya no existe en el semblante del hombre el destello de la majestad divina, sino el sello de Satanás! Es tan grande el horror que á Dios inspiran esos corazones podridos, que en la Escritura, los hombres y pueblos injuriosos no llevan ya el nombre de hombres, sino de carne: *caro*. Así es, que Dios dijo, cuando el diluvio: Destruiré el mundo porque se ha vuelto carne: *caro est*. Y así es, que nuestro Señor, que vino á revestirse de nuestra humanidad, como la viese perdida, estigmatizada por este vicio; y como ya no descubriese, por decirlo así, al alma humana en los hombres, vino á tomar nuestra carne en el seno de una virgen: y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: *et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Tal es, amados oyentes, el imperio de los sentidos en el mundo, descrito por S. Juan; eso es lo que existe dó quier que hay hombres. Eso es tambien, amados hermanos míos, lo que bajo la inspiracion de Dios debemos combatir.

2. Pero para combatir eficazmente el imperio de los sentidos, es preciso seguir á Jesucristo, es preciso entrar en la via dolorosa que él recorrió, es preciso que nos inspiremos con sus palabras, que imitemos sus ejemplos; y, por consiguiente, conviene saber la doctrina que él mismo formuló, y las obras que creó para combatir el imperio del sensualismo. Así, pues, amados oyentes, tres fueron las palabras que se dijeron, tres las obras que se crearon, opuestas á las palabras y obras del sensualismo. Primeramente, una palabra y una obra de

humildad: «Adorareis al Señor vuestro Dios y solo á él servireis.» Esta es la palabra de humildad; y la obra que corresponde á esta palabra, la obra en que esta palabra se encarna, es; que «Jesús, hijo de Dios, igual á su Padre, se ha aniquilado, ha tomado la forma de esclavo.» O en otros términos, segun S. Juan: «El Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros.» De esta palabra y de esta obra opuesta al orgullo, nacieron la religion y la fraternidad; la religion opuesta á la idolatría, que era la negacion de Dios; la fraternidad opuesta á la esclavitud, que era la negacion de los derechos del hombre. Con la religion, cuyo fundamento se encierra en estas palabras: «Adorareis al Señor vuestro Dios y solo á él servireis,» recobra Dios su legitima supremacia, recibe los homenajes de todas las criaturas, es servido, adorado; ya no ve ídolos que participen de los honores que le son debidos, y reina exclusivamente en las inteligencias y en los corazones. Gracias á la fraternidad, que nos hace ver en cada hombre un hermano, un igual ante Dios y ante la sociedad, ya no hay esclavos. La religion que restablece á Dios en su imperio legitimo, y la fraternidad que devuelve al hombre lo que le pertenece, tiene un poderoso auxiliar en la oracion. Siempre que oramos, nos humillamos á los piés de Dios, creemos, esperamos en él, le amamos; además, al implorarle así, al reconocerle por Señor, por supremo dominador, al confesar que todos los bienes que necesitamos vienen de él, hacemos un acto de humildad; y, por consiguiente, humillándonos, confesamos que nosotros no somos iguales á Dios; y que los que nos rodean, que se nos parecen por la naturaleza y tienen las mismas necesidades, tampoco son iguales á Dios. Al confesar eso, practicamos un acto opuesto al orgullo, de que procede la idolatría; y de este modo, con la oracion, fundada en la humildad, nos oponemos al dominio de la primera concupiscencia, del orgullo de la vida: *superbia vite*. Así, pues, cada vez que hacemos esas oraciones con un corazon bien dispuesto, rendimos al Señor el homenaje que le es debido; le reconocemos por supremo Señor, por Dueño y Padre; y nos es imposible darle este último nombre de padre, sin que extendamos el beneficio á todos los que se nos parecen por la naturaleza y tienen con nosotros un origen comun. Es imposible que no veamos en cada hombre un hermano, un amigo, un heredero del mismo reino, un discípulo del mismo maestro, un servidor llamado á la misma recompensa: es imposible que en derredor nuestro, bien sea por medio del talento, bien por medio de la influencia, ó de la astucia, bien valiéndose de todos aquellos recursos que nunca faltan á nuestra ingeniosa industria: es imposible que en derredor nuestro esclavicemos al

prójimo. Con la oracion, pues, combatimos el doble resultado del *orgullo de la vida*, la idolatría y la esclavitud.

La segunda palabra y la segunda obra de nuestro Señor Jesucristo opuestas á la segunda concupiscencia, son, amados hermanos míos, una palabra y una obra de pobreza. Nuestro Señor dijo en S. Lucas: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!» Jesús hizo tambien una obra de pobreza, pues al decir de S. Pablo, «mientras que por origen y por condicion era rico, se hizo pobre para que nos enriqueciéramos todos con su indigencia.» Instruidos, pues, por esta palabra y por este ejemplo, los hombres, desde la época de la predicacion del Redentor, y desde el dia en que les salvó espirando en el leño de la cruz, concibieron celo y amor por la pobreza. Muchos se han hecho tambien voluntariamente pobres. Diganlo sino esas órdenes religiosas que, abdicando toda herencia, todo bien, toda fortuna terrenal, se consagran al Evangelio, y esperan su pan de cada dia de aquel que abre su mano para alimentar las aves de los campos, que hace florecer el lirio del valle y crecer la yerba de los prados. Tambien hay pobres que, sin haber hecho voto de pobreza, sin haber renunciado á toda posesion temporal, sufren la privacion con buena voluntad, con paciencia por amor de nuestro Señor; éstos no existian en el paganismo, en la sociedad antigua, y son tambien una creacion del Evangelio; por eso he dicho con razon, que despues de la redencion ha habido hombres prendados de estas palabras: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!»

Hay, con todo eso, hermanos míos, un problema difícil de resolver: el del rico al lado del pobre; el del rico, que tiene mucho, y el del pobre, que no tiene nada; del rico, que nada en la abundancia y en el lujo, y del pobre que carece de lo necesario. El sensualismo dice, para resolver el problema: conviene consumir mucho, para que el pobre y el obrero puedan trabajar mucho y ganarse así la vida; pero ese sistema es inhumano y anticristiano. Ahora bien; el Cristianismo ha resuelto este problema, y solo él ha tenido la gracia de resolverlo. El Cristianismo no ha querido cambiar la condicion humana, pues nuestro Señor ha dicho, que habrá siempre pobres entre nosotros. ¡Cuán admirable es en el Cristianismo la coexistencia del rico y del pobre! El pobre sufre, es verdad, y el rico disfruta; pero el rico está obligado, si quiere salvar su alma, á dar al pobre; y el pobre, si quiere salvar la suya, debe recibir con humildad y paciencia, y confiar en la Providencia. El pobre tiene en sus manos la vida espiritual del rico, y el rico en las suyas la vida temporal del pobre;

de suerte, que todo está en orden. Así se cumplen los servicios necesarios de la sociedad, porque deben de cumplirse: los hace el pobre; pero el pobre halla alivio en lo superfluo del rico. De esta manera, la paciencia del pobre es recompensada con esta limosna temporal y con la bendición de Dios; y el rico recibe la bendición del pobre, en premio de haberle dado sus sobras. Por una parte la paciencia, y por otra la caridad; este es el sistema de Dios. Cuando damos una limosna á los pobres, combatimos el lujo superfluo, el lujo vano, el lujo tiránico; librámosles del apuro en que se encuentran, y les preservamos de blasfemar contra la Providencia. Por otra parte, la limosna redime, no solamente el cuerpo doliente, sino al alma, porque atrae las bendiciones del cielo sobre el que dá y sobre el que recibe humildemente. Las limosnas que se reparten por las asociaciones de beneficencia, son el verdadero medio de salvar á la sociedad del mal que la trabaja, de la llaga del pauperismo, que el socialismo se cree apto para curar. La limosna, la limosna cristiana salvará á la sociedad y justificará á Dios. ¡Llor á cuantos tienden su mano benéfica al pobre!

Finalmente, amados hermanos míos, Jesucristo dijo una tercera palabra y ejecutó una tercera obra opuestas á la tercera concupiscencia descrita por S. Juan. La palabra que se profirió en oposicion al sensualismo brutal de la carne, fué la siguiente: Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios! Y hé aquí la obra que se ejecutó: Jesucristo fué azotado, coronado de espinas, clavado en una cruz. En virtud de tal palabra y de tal obra, al lado de los que se han abandonado al sensualismo, ha habido cristianos distinguidos que se han dado á la mortificación de los sentidos. Seria peligrosa doctrina, amados oyentes, creer que basta la mortificación interior; que la oración mental, las visitas al santísimo Sacramento, el rezo del Rosario, la asistencia al Oficio divino, la confesión frecuente y la misma comunión, bastan de suyo para salvar al alma. Estas obras son santas, son divinas, son eficaces, sin duda; pero también suponen algo que no dan por sí solas: suponen que el alma está tranquila, que conoce á Dios, que disfruta de él, que observa libremente sus mandamientos, y, por consiguiente, que el enemigo temible está vencido, ó á lo ménos reducido á un estado de muerte: suponen, en fin, que los sentidos están sometidos á la ley del espíritu. Así, pues, en el Cristianismo no se ha de practicar la sola mortificación interior, sino también la mortificación de los sentidos; por esto decia muy ingeniosamente S. Vicente de Paul: la mortificación de los sentidos es el *a*, *b*, *c*, *d*, de la vida cristiana. ¡Oh! los sentidos,

hermanos míos, son el mortal enemigo que lucha con nuestra alma; ellos nos embotan la inteligencia y nos hacen perder de vista la ley de Dios; ellos nos arrancan del corazón la paz, la suavidad que nos priva de gozar de los dones de Dios; ellos, en fin, encienden en el cuerpo aquel fuego, aquella pasión, aquel frenesí que arrastra á los mayores excesos y produce en las familias y en la sociedad tan lamentables resultados. Ahora bien! ¿cómo combatir ese sensualismo desenfrenado? Con el ayuno. El Evangelio nos preceptua que castigemos nuestro cuerpo: el ayuno es una obra aflictiva y medicinal; debemos, por tanto, á ejemplo de los santos, ayunar en ciertos días, en ciertas épocas, para domar la carne.

Concluyamos: con el ayuno domareis el cuerpo, amados hermanos míos, le sometereis al alma; y espiritualizando de este modo vuestros sentidos, recobrareis su belleza interior; y como esta misma alma estará llena de la belleza de Dios, en vosotros, en vuestra carne, en vuestro exterior de cristianos tendremos una como aparición de Dios: y llevando por dó quier la santidad de Jesucristo, al veros, se dirá: hé aquí un cristiano, hé aquí un servidor de Dios; vuestra sola presencia será una predicación magnífica. Así es, que con el ayuno, la limosna y la oración podemos combatir eficazmente las tres concupiscencias, el orgullo, el fausto con el lujo, y la corrupción. Con la oración, cuyo fundamento es la humildad, destruiremos las obras del orgullo, esto es, la idolatría y la esclavitud bajo todas sus formas. Con la limosna resolveremos el problema de la sociedad, que los enemigos del mundo quieren subvertir en su provecho. Con el ayuno daremos á los sentidos el lugar que les corresponde, un lugar de sumisión al alma, y restituiremos á esta misma alma su dignidad y supremacía. Tened presente, amados hermanos míos, que sin la oración, el ayuno y la limosna no hay salvación posible, ni el premio eterno que todos esperamos y que á todos deseo.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

La causa de nuestros desórdenes es la concupiscencia. El demonio por sí solo no seria muy temible; pero lo es aliado con nuestra concupiscencia. Si queremos triunfar de él, debemos, 1.º: debilitar la concupiscencia de la carne; 2.º: destruir la concupiscencia de los ojos; 3.º: abatir la concupiscencia de la voluntad.

Debemos debilitar los bríos de la carne para tenerla más sumisa al espíritu. Ejemplo de los Santos. Atendida nuestra suma fragilidad, y la total propensión á los objetos terrenos, si no destruimos la con-

cupiscencia de los ojos, estamos perdidos. Ejemplos de Samson y de David. Para triunfar del demonio necesitamos los auxilios de la gracia; y estos auxilios debemos alcanzarlos por medio de la humildad, ó abatiendo la soberbia.

DIVISIONES.

CONCUPISCENCIA.—La concupiscencia hace la guerra:

- 1.º A los pobres, lo mismo que á los ricos.
- 2.º A los santos, lo mismo que á los pecadores.
- 3.º En medio de la soledad, lo mismo que en el bullicio del mundo.

CONCUPISCENCIA.—Interesa á nuestra concupiscencia el mirar la tierra como una cosa efimera, porque nada hay en ella capaz de satisfacernos.

Interesa á nuestra concupiscencia el ocuparse incesantemente del cielo, porque en el cielo todo es suficiente y oportuno para satisfacerla.

CONCUPISCENCIA.—Nosotros triunfamos de la concupiscencia:

- 1.º Cuando velamos sobre todos nuestros sentidos.
- 2.º Cuando nos desprendemos de todos nuestros deseos.
- 3.º Cuando castigamos todos nuestros deslices y defectos por insignificantes que sean.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. GEN. VIII, 21.

Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere. Si præstes animæ tuæ concupiscentias tuas, faciet te in gaudium inimicis tuis. ECCLI. XVIII, 30, 31.

Aufer à me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiæ non apprehendant me. ID. XXIII, 6.

Los sentidos y pensamientos del corazón humano, están inclinados al mal desde su mocedad.

No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos. Si satisfaces los antojos de tu alma, ella te hará la risa y la fábula de tus enemigos.

Quita de mí la intemperancia de la gula, y no se apoderen de mí los apetitos de la lujuria.

Scio quia non habitat in me, hoc est, in carne mea, bonum. Nam velle, adjacet mihi; perficere autem bonum non invenio. Non enim, quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo bonum, hoc ago. ROM. VII, 18, 19.

Condelector legi Dei secundum interiorem hominem: Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis. ID. IBID., 22, 23.

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis suis. GALAT. V, 24.

Radix omnium malorum est cupiditas; quam quidam appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. I. TIM. VI, 10.

Nemo, cum tentatur, dicat quoniam à Deo tentatur; Deus enim... neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus, et illectus. JACOB. I, 15, 14.

Bien conozco que nada bueno hay en mí, quiero decir, en mi carne. Pues aunque hallo en mí la voluntad de hacer el bien; no hallo como cumplirla. Por cuanto no hago el bien que quiero; antes bien, hago el mal que no quiero.

Me complazco en la ley de Dios segun el hombre interior; más al mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo.

Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

Raiz de todos los males es la avaricia, de la cual arrastrados algunos se desviaron de la fe, y se sujetaron ellos á muchas penas y aflicciones.

Ninguno, cuando es tentado, diga que Dios le tienta; porque Dios á ninguno tienta. Sino que cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Sævus criminum stimulus est concupiscentia, et libido, qui nunquam quietum affectum manere patitur; nocte fervet, die anhelat. S. AMBR. LIB. DE ABEL ET CAIN.

Qui moderari nescit cupiditatibus, is quasi equis raptus indomitis, volvitur, laniatur, affligitur. IDEM. LIB. DE VIRG.

Omnia reliquit, qui voluntatem

La lujuria y el deseo son un cruel estímulo al crimen, pues nunca dejan al corazón tranquilo; de noche hierven, de día tienen vivas ansias.

El que no sabe moderar sus deseos, se siente como si le arrastraran caballos indómitos, llevado, despedazado y afligido.

Todo lo deja el que renuncia al

habendi deseruit. Apostoli, quantum ad divitias, nihil, quantum ad voluntatem, totum mundum reliquerunt. S. HIER. IN MATHH.

Bonorum auctori aliter inherere non possumus, nisi cupiditatem à nobis, quæ omnium malorum radix est, abscindamus. S. GREG. HOM. IN EVANG.

Age, qui relinquere disponis omnia, te quoque inter relinquentes numerare memento; immo vero maxime, et principaliter abnega temetipsum, si desideras sequi eum, qui exinanivit propter te semetipsum. S. BERN. IN SERM.

deseo de poseer. Los apóstoles no dejaron riquezas, pero, con su voluntad ó deseo, lo abandonaron todo.

Para unirnos al autor de todo bien, no hay otro medio que arrancar de nosotros la codicia, que es la raíz de todos los males.

Tú, que te dispones á desprender de todo, no olvides de contarte á tí mismo entre los objetos de que has de desprender: al contrario, empieza por negarte á tí mismo, si quieres seguir á aquel que por tí se anonadó.

CONDICIONES.

(DESIGUALDAD DE LAS)

Qui despicit pauperem, exprobat factori ejus.

Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador.

(Prov. xvii, 5.)

Es indudable, hermanos míos, que al exponer nuestro divino Salvador á la multitud que le rodeaba, la parábola contenida en el Evangelio de este día, comparando el reino de los cielos con el grano de mostaza que germina y crece, y sirve de abrigo á las aves del cielo; quiso profetizar el establecimiento de su doctrina, que predi-

cada al principio en un rincón de la Judea á unos pescadores humildes é ignorantes, debía, con el tiempo, propagarse por todo el orbe, y reunir, por último, en su seno á los hombres de todas las naciones.

Pero me parece que en este ejemplo podemos aún encontrar otra enseñanza. El grano de mostaza es, como dice Jesucristo, la más pequeña de todas las semillas; y, sin embargo, el árbol que la produce llega á gran altura, y protege con sus ramas tutelares á unos seres que, vagando por la inmensidad de los aires, poco antes ni siquiera habían sospechado su existencia. ¿No veis hermanos míos, en esta especie de oposición, la primera enseñanza de aquella virtud que Jesucristo inculcaba de continuo á sus discípulos, como una de las bases más importantes de su doctrina, cuyo ejemplo les dió durante toda su vida, y que resumió en las siguientes palabras: El que se humilla será ensalzado? ¿No quiso darnos á entender con este precepto, que no debemos despreciar nunca aquellos seres que Dios ha hecho débiles y humildes en la apariencia? Con efecto; cuando ocultando su divina naturaleza bajo una forma humana, descendió de su trono de gloria para nacer, vivir y morir pobre, no teniendo por discípulos y amigos más que hombres pobres, escogiendo por enviados suyos á unos pobres, y por herederos á los más pobres y humildes de los hombres; ¿qué otra cosa quiso manifestarnos, sino que hijos todos de un mismo padre, la desigualdad de condiciones desaparece ante la majestad suprema; que los que miramos como inferiores á nosotros, serán tal vez sus predilectos y los que obtendrán la mejor parte en la repartición de su celestial herencia, si cumplieren fielmente su misión en este mundo? De consiguiente ¿no es tan ridículo como anticristiano ese menosprecio con que muchos tratan á los que, por su humilde cuna y por la escasez de bienes de fortuna, ocupan los últimos puestos de una sociedad que tanto pregona de civilizada? ¿Pueden llamarse cristianos los que hasta tal punto desconocen nuestro común origen y nuestra comun redención, y olvidan la suma sabiduría de Dios, cuyos impenetrables designios rigen el destino de cada hombre en particular y de la sociedad humana en general?

El Señor nos dice por boca de Salomón: *Qui despicit pauperem, exprobat factori ejus*: Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador. Esta máxima, esta lección de igualdad, proferida desde el trono por el más grande y sábio de los reyes es la que me propongo meditar con vosotros.

Voy á recordar al hombre su verdadera grandeza, trayéndole á la memoria su origen celestial. Voy á asentar la sociedad sobre la firme base de la religión. Ricos, si os despojo de unos títulos que os